



VISTA DE UNA ENTRADA DE ARNEDILLO.

La pintoresca vista que encabeza estas líneas, es de una de las entradas del pueblo de Arnedillo, en la Rioja, famoso por los excelentes baños que se hallan á poca distancia de él, y á los cuales dá su nombre. La naturaleza parece haberse conplacido en reunir todas sus bellezas en este precioso punto de vista, que mas que como una realidad se presenta á la vista como un capricho de un pintor de paisajes.

EL MUSEO DE ARTILLERIA EN PARIS.

No es este un museo como otro cualquiera, y este dulce nombre griego, de etimología divina, no conviene al fronton de este edificio severo; los pintores, los escultores, los poetas que al ver la primera palabra de la inscripción pasaran la puerta, volverían á pasarla bien pronto, porque no hallarían á la entrada ni el sarcófago antiguo, ni la estirpe del antiguo Egipto, ni la estatua de noble ademan, guardianes ordinarios de los templos de idólos pacíficos, de los Museos. Hallarán en su lugar cañones colocados en fila, montones de balas y bombas, cadenas de hierro de toscos eslabones, en fin, todo lo que constituye la sombría y amenazadora tristeza de las plazas fuertes. Pero que vaya en cambio á visitar Paris un bárbaro, un salvaje, un jefe de tribu, y mirará con indiferencia los dioses de mármol y los cuadros del Louvre, prefiriendo siempre la grotesca imagen de su idólo, ó las toscas pinturas de su rodela; mas al entrar en este arsenal inmenso se excita su curiosidad, se enciende su semblante, se anima su mirada, alarga la mano para manejar aquellas armas descono-

cidas, y no pedirá de todos los tesoros, de toda la pompa y opulencia que encierra la capital de Francia, mas que uno de aquellos pabellones de fosiles y sables para llevárselo al desierto y distribuirle entre los atónitos individuos de su tribu.

Es indudable que al hallarse en aquel templo de la guerra, el instinto belicoso innato en el hombre, que está adormecido por los hábitos pacíficos, pero que un cañonazo, un toque de clarín bastan para alarmarle, se despierta sobresaltado con todo su fuego vivo y febril. Esta consagración de la muerte, esta apoteosis de la destrucción, concluye por fascinar con la magia de sus terrores. Todos los instrumentos terribles que han confeccionado las fraguas de la guerra en el espacio de 5,000 años, están reunidos allí: nada falta en aquel trofeo universal, al que cada siglo ha llevado su arma familiar; uno su flecha, otro su lanza, otro su hacha, otro su cañon. De campo en campo de batalla, desde Bouvines hasta Waterloo, se ha ido desarmando á los muertos pieza por pieza de sus armaduras para colocarlas en aquella *Walhala* heroica. Allí, glorioso y justo privilegio, la herida adorna, la mutilación decora, la espada que no tiene mas que un trozo de hoja, la bandera que no es mas que un andrajo, el casco que no es mas que un pedazo de hierro abollado y enmohecido, ocupan el sitio mas distinguido y honroso, el coronamiento del trofeo; la armadura es como el soldado: las cicatrices le honran.

La primera sala llamada *Sala de las armaduras* evoca los recuerdos y pone en acción la estrategia de la época feudal, con una especie de fantasmagoría teatral de originalidad poderosa y fascinadora. Una fila de caballos esculpidos ocupa toda su longitud, y estos trótones pacíficos están montados por maniqués de aspecto feroz, cubiertos de pies á cabeza con armaduras que han sido de reyes ó príncipes. La ilusión no puede ser mas completa. Desde la cimera del

11 DE AGOSTO DE 1850.

casco hasta la uña del caballo, lo cubre todo el hierro. En el centro cabalga, con la lanza en la cuja y la espada al costado, la armadura de Francisco I, es decir, una de sus armaduras, porque aquel rey caballeresco usaba sus armaduras como jubones, y las ha sembrado á trozos en los campos de batalla de su época. A su alrededor, en pie y formando hileras, están colocados espectros de hierro cuyas cabezas son yelmos, los pechos corazas, las piernas mantingalas, las manos manoplas: parece que está pasando una revista en Marignan. Esta reconstrucción del hombre armado de la edad media es de un efecto raro; hace resucitar las batallas de aquella época terrible en toda su originalidad bizarra y salvaje. Estas estatuas espantosas de hierro debían dar un prestigio formidable á los que las revestían. ¡Al estar frente á frente con ellas en la matanza de la acción, se debía creer que no se combatía con hombres! Y cuando el vencido caía cediendo al impulso vigoroso de uno de ellos, y sentía su espuela raspar rechinando su coraza, debía comprender que no le quedaba otro recurso que tender su garganta con resignación á la punta de la espada, porque la visera de su casco estaba alzada y el vencedor no tenía ojos ni oídos; no era un semblante humano lo que tenía, sino una máscara impenetrable de metal; ni los gestos suplicantes ni los angustiosos gritos penetraban aquella ceguera y aquella sordera de hierro.

Algunas veces la escultura trabajaba aquella masa inerte y la daba una forma bestial ó fantástica, como para hacerla mas terrible aun. Hay un casco en aquella sala que representa una cara de una hediondez grotesca y terrible á la vez. La visera de otro tiene una prolongación en figura de canalón de tejado; á la altura de la boca, se entreabre el hierro formando una figura espantosa. Hay una armadura llamada *Armadura de los Leones*, porque todas sus piezas terminan en cabezas de león, de manera que la cabeza del que la llevaba desaparecía bajo el mascarón del animal feroz. Hay otras blasonadas que ostentan en relieve toda la colección fantástica de animales que se ven en los escudos, como unicornios, dragones, leones *marinados*, que son leones cuya parte posterior es una cola de pescado, águilas, etc. Esto prueba que el vestuario era digno de las tragedias que se representaban. Por lo demás, el capricho variaba en todos sentidos estos adornos; unas veces eran violentos y feroces, otras veces graciosos y llenos de coquetería, porque el triste vestido de hierro admitía también el lujo y la pompa. Hay algunos cuyos cincelados recorren todos sus contornos como el lapidario que graba una alhaja. Hay una armadura, que aunque pertenece ya al siglo XVI, es decir, al tiempo en que ya la artillería acababa de destruir las panopias feudales, trata de imitar en sus adornos las modas nuestras de aquella época. Los pesados broches que la cierran por delante tienen forma de botones, los adornos figuran las cuchilladas que se usaban entonces en los jubones, y es muy curioso ver el macizo hierro parodiar pesadamente las ondulaciones y la elegancia del terciopelo. En otras armaduras, el corte es verdaderamente marcial y heroico. Francisco I llevaba en Marignan, para que le conocieran mejor, una coraza recamada de flores de lis y de carbunclos. Era como un blanco de oro que hacía relucir en lo mas fuerte de la pelea para atraer los mandobles y las flechas de los combatientes. Considerada bajo su verdadero punto de vista, esta opulencia belicosa tenía por objeto el fascinar. Los soldados del tiempo de Napoleón recuerdan el prestigio que le daba á Murat el traje estravagante de rey sarraceno del Ariosto con que se enmascaraba los días de batalla.

Pero lo que sorprende y desconcierta mas las ideas, es la altura colosal de aquellos trajes de hierro. A primera vista se resiste la imaginación á creer que cabezas humanas hayan podido soportar aquellos cascos, y que haya habido miembros que hayan podido revestir las diferentes piezas de aquellas armaduras. Sin embargo, la reflexión ayuda poco á poco á comprenderlo: la amplitud del yelmo, por ejemplo, se explica por la necesidad en que se veían de dejar un intervalo entre la cabeza y el hierro del casco, intervalo que ocupaba la larga cabellera recogida, y algunas veces un capote de malla, pues de lo contrario un solo golpe de maza dado con fuerza, al abollar la cimera del casco hubiera roto el cráneo como una cáscara de nuez. Lo mismo sucedía con la coraza y las demás piezas que se mantenían á cierta distancia de la carne para dejar á los guerreros la movilidad posible en sus ademanes y gestos. La costumbre hacía lo demás. Desde el principio de su noviciado militar vestía el caballero la armadura para no quitársela ya; crecía con él, y modelaba sus miembros gradualmente para que soportara la opresión de su corteza de hierro, que concluía por convertirse en una segunda epidermis mas sólida que la natural. La constitución misma de la feudalidad imponía aquella etiqueta rígida y continua de estar armado de pies á cabeza. La caballería con los votos que hacía pronunciar, con los privilegios que concedía, era una especie de sacerdotio, un sacerdotio militar y belicoso cuya vestimenta sacerdotal era la armadura; y tan cierto es esto, que tenía como la iglesia su excomunión, ceremonial terrible al que se aso-

ciaba la religión. Cuando un caballero había faltado al honor, se le hacía subir á un cadalso; el verdugo le arrancaba su armadura pieza por pieza con una lentitud siniestra; empezaba por el casco, que tiraba al suelo diciendo: «¡Este es el casco de un cobarde!» y este anatema lúgubre acompañaba al despojo sucesivo del guerrero degradado. Entonces el heraldo de armas preguntaba tres veces á la turba del populacho con una ironía aterradora: «¿quién estaba delante de él?» Tres veces nombraban al caballero, y tres veces negaba el heraldo, y decía: «Eso no es cierto: aquí no hay ningún caballero; solo hay un cobarde y un perjurio.» Al mismo tiempo los curas salmodiaban alrededor del cadalso el canto de difuntos como si estuvieran alrededor de un catafalco, porque estaba bien muerto, muerto para su rey, para su raza, y para su patria; y aquella ejecución de su honor equivalía en el concepto de todos á la ejecución de su cuerpo. La armadura era, pues, un símbolo consagrado por el blason, como la cruz y las iniciales de la inscripción del Golgotha consagran la casulla y la dalmática. Un cronista refiere una historia tan extraordinaria que parece una leyenda. En una guerra que hubo en el Hainaut, una banda de caballeros encontró una turba de pecheros que venían contra ellos armados con horquillas y palos, y por no rozar sus corazas con los toscos vestidos del paisanaje ni cruzar sus lanzas y espadas con los instrumentos de labranza, prefirieron morir, suicidándose la banda entera por inercia. Su pesada caballería hizo alto, y se dejó derribar fila por fila, inmóvil como un pelotón de estatuas ecuestres, sin que saliera una lanza de su cuja ni una espada de su vaina. Aquellos despojos nobles de las batallas son como una parte de la historia de la caballería, y esta idea aumenta el interés que inspira su vista.

Imposible nos sería dar una idea exacta de la pertenencia de cada armadura y cada casco de los que encierra aquel arsenal inmenso, aunque no tan rico en curiosidades como la Armería de Madrid, á pesar de los saqueos que ha sufrido; nos contentaremos con indicar la armadura de Enrique III, la del duque de Guisa el *Acuchillado*, la del condestable de Montmorency, la del duque de Mayenne, y la de Federico V el Conquistador, rey de Bohemia. Hay una allí que sería una reliquia inestimable para los franceses, si fuera cierta su autenticidad; es la armadura de Juana de Arco. Pero desgraciadamente los arqueólogos contradicen aquella tradición seductora, lo cual es muy sensible, porque sería muy grato el poder tocar con un respeto piadoso la coraza bajo la cual latió aquel corazón virginal y heroico, la armadura casi milagrosa de aquella hada, de aquella santa, de aquella Clorinda de la historia de Francia.

Hasta ahora hemos hablado de las armas defensivas y resistentes del guerrero; ahora describiremos el confuso trofeo de armas ofensivas que encierra la sala siguiente. Después de la pluma del águila y de la piel del león, necesitamos las garras y las zarpas.

La primera es la espada, la mas noble, antigua y universal de todas las armas, el arma que decidía y concluía las batallas, el arma de la pelea general y del combate singular, el símbolo del mando y del heroísmo. Para el caballero, la espada era el talisman de su vida y de sus privilegios; ella le había hecho ser lo que era. El espaldarazo de su hoja consagraba su recepción en la milicia gloriosa, como el boteón simbólico que daba mano del obispo consagra la concesión de uno de los sacramentos de nuestra religión. Una vez ceñida á su costado, no la dejaba ya: se constituían en compañeros inseparables. El hablaba en nombre de ella, obraba por ella. El lenguaje metafórico de aquella época habla de la espada como de un ser viviente. Frecuentemente se la bautizaba con un nombre marcial y sonoro. La espada de Carlomagno se llamaba la *Placentera*, la de Rolando *Durandal*, la de Oliveros *Hautcler*, la de Reinaldo *Ardiente*, la del Cid *Tizona*. Bayardo habló á la suya después que armó caballero á Francisco I. Algunas veces tenían una divisa grabada en la hoja. Estas divisas eran generalmente súplicas ó oraciones; *In te Domine speravi*, se lee en una de ellas; en otra, *Ne movear in terra ad deitatem Jehova*; en otra, *Ave Maria*. Su empuñadura en forma de cruz era como un crucifijo militar que los paladines heridos de muerte abrazaban al espirar. Un prestigio religioso estaba unido á aquella arma de las luchas supremas y últimas.

Esta parte del trofeo que hay en el Museo es de una riqueza inmensa. Se pueden contar casi sin interrupción todas las edades y metamorfosis de la espada, desde la espada Franca de los primeros reyes, hasta los sables de honor del Imperio y de la Restauración. Algunas de ellas son verdaderas reliquias guerreras; se conoce la de Francisco I, rendida en Pavia á las tropas españolas y entregada por Fernando VII á los franceses. Las de Carlos IX, Enrique IV y Luis XIV llaman también la atención por las evocaciones reales que suscitan en la imaginación. Citaremos también un recuerdo precioso de una costumbre sencilla y tierna del tiempo de la caballería: son dos espadas gemelas, fabricadas simétricamente, de manera que pueden entrar juntas en una misma vaina; sus hojas reposaban así una al lado de otra como en un lecho fraternal. Habrán pertenecido probablemente

á dos de aquellos hermanos de armas que como Clisson y Du Guesclin, se juraban una alianza armada y vigilante. Desde entonces dormían en una misma tienda, cuartelaban sus escudos, confundían en uno solo sus gritos de guerra, y eran el uno para el otro una rodela encantada, una armadura viva, y la muerte sola tenía la facultad de romper esta fraternidad militar.

La espada es casi la única arma ofensiva que la edad media ha legado á los tiempos modernos. Las otras armas proporcionadas á las luchas gigantescas, al inmenso cuerpo á cuerpo de las batallas de aquel tiempo, asustan por su aspecto bizarro y feroz; se las ve casi sin poderlas comprender. Allí están aquellos espadones gigantescos de hojas ondulantes que aclaraban los batallones como si fueran sierras dobles; aquellos látigos de guerra, de correas apretadas, que arrebatában á los ginetes de las sillas y los tiraban á tierra á impulsos de su pesada flagelación; aquellas *misericordias* que, puesta su punta en la garganta del guerrero vencido, le obligaba á decir su nombre; aquellos arcos desmesurados cuyas cuerdas nos desollarían hoy las manos al quererlos tender; aquellas mazas de armas que de un sólo golpe hacían entrar el hierro del casco en el cráneo; aque-

ca ostentan á nuestra vista los *rompe-cabezas* de sus negros; los *scalps* de los salvajes y aquellas dagas ó *kryts* del Malabar, ondulantes y venenosas como serpientes, cuyos mangos están esculpidos y representan grotescos ídolos. Las civilizaciones y barbaries antiguas son generalmente estacionarias, y han rechazado casi siempre las ofertas y los adelantos de la Europa; es probable que no cambien nunca sus mitologías sensuales ó feroces por la religión de Cristo, y que no abandonen su soñoliento letargo ó su vagamundez nómada para abrazar la vida normal, activa y regular de nuestras ciudades. Pero si rechazan el crucifijo del misionero, y aun algunas veces el fardo del mercader, en cambio, ¡con qué ávidez tan furiosa se echan sobre las armas de los soldados europeos! No fué necesario mucho tiempo, en la edad media, para que la Turquía, que no era nación todavía, sino caravana, y que interponía entre la Europa y ella su Corán y su cimitarra, adoptara el descubrimiento de Bertoldo Schwartz (1); desde el sitio de Constantinopla, vemos á Mahomet II batir en brecha los muros de aquella ciudad con una artillería prodigiosa, de que nadie tenía razón entonces. Hoy en día, los salvajes del mar del Sur y de la América del Norte se matan unos á otros con carabinas ingle-



llas picas de 12 pies. No es esto todo: en la edad media, todos los instrumentos agrícolas abandonaban sus pacíficas labores para ir á la guerra. La hoz de las cosechas segaba lo mismo los pelotones de hombres en una pelea, que los manojos de espigas en los sembrados; as podaderas de la vendimia cortaban lo mismo las manos de los hombres y los corvejones de los caballos que los sarmientos de las viñas: finalmente, como hemos dicho antes, los látigos de los carreteros con alguna pequeña reforma, se convertían en látigos de guerra qua mataban y deshonoraban á un tiempo. Todo el aparato agreste de los georgios está allí transformado en trofeo de armas mortíferas, como una parodia terrible.

Armas asiáticas y africanas salpican bizarramente aquel trofeo caballeresco. Ya sea que las naciones bárbaras inventen estas armas ó las imiten, las dan una forma y un aire que las hace distinguir entre todas: el Asia las hace magníficas, el Africa terribles. Así es que por una parte se admiran los magníficos sables de Damasco con empuñaduras guarnecidas de perlas, y que producen vibraciones sonoras cuando se les toca como si fueran instrumentos de música, reflejándose la luz en sus hojas como una agua límpida y tranquila; aquellos khandjars turcos con sus vainas de pedrería, que hacen recordar las venganzas nocturnas de los harems; aquellas lanzas indias cuyos hierros se separan en tridentes brillantes y dorados; aquellas aljabas del Mogol recamadas de esmeraldas, y herizadas de flechas guarnecidas de plumas de pavo real; en otro lado la Oceanía y el Afri-

cas; pronto el cañón á la *Paichans* pasará el Oceano y le oíremos tronar en las guerras de los rajahs indios con los reyes de Abissinia. Solamente el soldado chino hace girar aun la ruedecilla del arcabú primitivo detrás de su mampara de 600 leguas.

RASGO HISTÓRICO.

TENTATIVA DE ASESINATO CONTRA JOSÉ I DE PORTUGAL: ESPULSION DE LOS JESUITAS (1758).

La misteriosa singularidad de este suceso, las personas que en él se vieron comprometidas, la horrenda pena que sufrieron, y a parte que tocó á los jesuitas, forman un episodio muy notable entre los muchos que la historia de Portugal refiere. Destina la providencia á cada siglo un trabajo en la inmensa obra del progreso; os operarios varían, pero el arquitecto y el fin son inmutables. En el pasado tocó muy de lleno su vez á los reyes; aquel siglo inaugurado con una guerra dinástica y concluida por una revolución aciaga á tantas dinastías, fué impelido en su marcha por los monarcas que in-

(1) Fraile alemán que inventó la pólvora.

vocaban el auxilio de los filósofos. La campaña principal se mantuvo contra el poder eclesiástico, y señaladamente contra los jesuitas, ejército que llegó algo tarde al campo de batalla. Como á los antiguos templarios culpábaseles de muchos crímenes; cometieron al menos *graves faltas* haciendo frente al movimiento y tomando la apariencia de conspiradores, tan fácil de creer en corporaciones exclusivas y poderosas cuando entran mano en los asuntos políticos. Agrupáronse pues en su daño muchas antipatías, y vinieron á ser espulsados entre el grito de maldición que repetía el épico brasileño José Basilio de Gama.

«Vai filha da ambizao, onde te levan
ô vento é os mares; possam teus alumnos
andar errando sobre as aguas; possa
negar-lhe á bella Europa abrigo é porto.»

Este espíritu de la época hizo que José I diése su confianza á Sebastian José de Carvalho y Melo, despues conde de Oeiras y marqués de Pombal, que trató ahincadamente de desentorpecer á la nación por los medios de mando absoluto puestos en voga entre los hombres de gobierno á ejemplo de Richelieu. El temple de su alma se reveló cuando la catástrofe de Lisboa. «¿Qué hemos de hacer?» exclamaba aterrado el rey. «Enterrar los muertos y pensar en los vivos», le contestó el ministro. Brillante fué su administración: el comercio, la industria, la marina, la agricultura, la instruccion se mejoraron, no sin tener que arrollar obstáculos; y para ese fin de desembarazar el camino trató Pombal de humillar á la nobleza, y declaró guerra sin treguas á la Compañía. Imponente esta por sus riquezas, temible por la fuerza de su ciega disciplina, inspiraba profundos recelos á todas las cortes, y mas á la de Lisboa, exasperada por la resistencia que opuso al cambio de la Colonia del Sacramento con el Paraguay. Estaban pues, frente á frente los enemigos, buscando el futuro marqués una ocasion propicia de aniquilar á los suyos, é intrigando ellos para derrocarlo. La familia de los marqueses de Tabora era de las que mas resentimientos abrigaban, por haber perdido el valimiento que en el reinado anterior disfrutara á la sombra del padre Gaspar de la Encarnacion. Luego se añadían piques entre ellos y Carvalho, cuya alianza desecharon, y ofensas de honor por la condesa jóven, á la que el rey visitaba con frecuencia. El jesuita Malagrida servia de oráculo á los descontentos; y el jesuita Malagrida que en el seno de su madre hacia llorar á los querubines que la acompañaban, y que contaba otras visiones por el estilo, estaba muy lejos de simpatizar con el hombre árbitro del gobierno.

Tales andaban las cosas y los ánimos, cuando en la noche del 3 de setiembre de 1758 salió el rey á visitar á la condesa de Tabora, acompañado de su confidente Pedro Tejeira. La noche era oscura, y á través de sus sombras se divisaban varios grupos colocados en el espacio que mediaba entre la estremidad setentrional de la quinta llamada del Medio, y la meridional de la titulada de Arriba, por cuyo camino acostumbraba el rey á recogerse. Apenas habia doblado el coche la esquina de la primera quinta, cuando un hombre salió de improviso, y encarando al cochero la boca de un trabuco ó carabina amartilló sin que saliese el tiro, visto lo cual aguijó aquel los caballos é hizo que partiesen al galope. Otros dos hombres que un poco mas abajo se habian ocultado en el boqueron de un muro, salieron velozmente tras del carruaje, sobre cuya espalda hicieron fuego. La carga que era de municion gruesa, acribilló la caja, hiriendo al rey en la parte exterior del hombro y brazo derecho hasta el codo, y causándole varias lesiones en la interior por donde pasó rozando con el pecho. Aturdido el cochero no acertaba á tomar resolución; pero el rey le mandó retroceder y marchar á toda prisa á la casa de su cirujano. Mientras tanto reuníanse en las tierras inmediatas al camino los agresores, y refirió el proceso que uno de ellos (el marqués de Aveiro) exclamó rompiendo su carabina: «Valgate el diablo, que cuando yo te quiero no me sirves.»

Guardóse por de pronto el mayor sigilo: solo se escuchaba ese sordo rumor que siempre llega al público hasta en las cosas mas reservadas que ocurren en el recinto de los palacios. Súpose por fin que los principales miembros de las casas de Aveiro y Tabora habian sido encarcelados, instituyéndose para juzgarlos un tribunal llamado de *inconfidencia*; y que se le habia concedido la terrible facultad de poder extender las penas merecidas, de modo que tuviesen la posible proporcion con las execrables y escandalosas culpas que se imputaban á los reos.

Los acusados fueron doña Leonor de Tabora, marquesa de ese título, de belleza célebre y alma varonil; su marido, antiguo virey de las Indias; Luis Bernardo, su hijo, marqués jóven; José Maria, hermano de este; el duque de Aveiro José Miscareñas, cuyo apellido han hecho célebre algunos versos de Camoens; don Gerónimo Ataíde, conde de Altopiquia, y otros cuatro que figuraban como agentes subalternos. La sentencia, que contiene un ámplio resumen del proce-

so, declara la complicidad de los jesuitas, y señaladamente de los padres Juan Mattos, Francisco Alejandro, y Gabriel Malagrida. *Prometan los religiosos, dice, indemnidad al reo en la ejecucion de aquel infernal parricidio, opinando que no pecaría ni levemente.* Preciso es confesar que la doctrina de algunos miembros de la Compañía daba márgen para creerles capaces de semejantes máximas. El odio exageraba en verdad, pero ellos ofrecían tambien mucho campo á los ataques. Francisco Javier Damien, su pensionista y discípulo, habia herido al rey de Francia en 5 de enero del año anterior. ¿Era pues, extraño que se hiciese pesar sobre ellos la responsabilidad directa ó indirecta de tales atentados? Decíase, probablemente sin fundamento, que habian hecho cundir á estilo de profecía, el anuncio de hallarse próxima la muerte del monarca portugués; y tambien lo que es mas cierto aun cuando no sirva de prueba en contra suya, que los de Roma tuvieron noticia exacta del suceso, al mismo tiempo que la legacion declaraba ser la indisposicion del rey efecto de una caída.

La sentencia de aquella ruidosa causa dá como plenamente demostrado el delito: los pasos de los reos, sus ocultos móviles, sus conciliábulos, el dinero que cada uno habia aportado, el punto donde se compraron las armas... todo se refiere allí y especifica. Y eso no obstante, ¡cuántos motivos hay para dudar de la exactitud de un proceso que respira crueldad y encono, —del mérito de conjeturas vagas y falibles que se equiparan á la evidencia, del valor de confesiones arrancadas por el tormento! Merced á esto ha llegado á ponerse en duda el hecho mismo; no hay empero fundamentos para negarlo. Mas difícil es afirmar si fué efecto de una conspiracion con miras políticas. Cualesquiera que fuesen los reos, el plan no tenia estensas ramificaciones; y tal vez á resentimientos privados se unieron solapadamente miras de mayor trascendencia.

Pronuncióse por fin el fallo en el palacio Ntra. Sra. de la Ayuda, en junta de 12 de enero de 1759. Algunas líneas bastarán para que se forme juicio de su atroz severidad. «Condenan, dice, al reo José Miscareñas á que como uno de los tres cabezas ó gefes principales de esta infame conjuracion, y del abominable insulto que de ella se siguió, sea llevado con soga al cuello y público pregón á la plaza del lugar de Belem, y que en ella en un cadalso alto, que estará levantado de suerte que el castigo sea visto de todo el pueblo, á quien tanto ha ofendido el escándalo de su horrible delito, *despues de ser roto vivo, quebrándosele las ocho canillas de las piernas y brazos, se a puesto en una rueda, para satisfaccion de los presentes y futuros vasallos de este reino, y que despues de hecha esta ejecucion sea quemado vivo.* » *Geme ofendida á naturaleza, debe exclamarse con el épico antes mencionado.*

Parecida fué la suerte de los demas: solo á doña Leonor de Tabora, por algunas justas consideraciones (relevándola de mayores penas) se la condenó únicamente «á morir de muerte natural para siempre, separándole la cabeza del cuerpo, el cual despues será reducido á cenizas.»

El anciano Malagrida, entregado á la inquisicion, vino á perecer en la hoguera: la Compañía fué espulsada en 5 de setiembre de aquél año. La carta que con este motivo dirigió el rey al cardenal patriarca de Lisboa, contiene una larga y poco templada enumeracion de quejas: «En estas indispensables circunstancias tengo determinado (dice por conclusion) que los sobredichos regulares corrompidos, lamentablemente extraviados de su santo Instituto, é incapacitados manifiestamente por tantos, tan abominables, y tan inveterados vicios de volver á la observancia... sean pronta y efectivamente exterminados, desnaturalizados, proscritos y espulsados de todos mis reinos y dominios, para que nunca puedan volver á entrar en ellos.» (1)

Tal fué el desenlace de un suceso, cuyos graves pormenores son hoy poco conocidos. El vapor de aquella sangre, el humo de aquellas hogueras anubla algo la memoria de Pombal, hombre nacido para el mando, y cuyas reformas estensas, si bien prematuras, no olvidan los portugueses.

Muerto José I, su hija doña Maria mandó reverter la causa de la conspiracion, y en 5 de abril de 1781 fueron los antiguos reos declarados inocentes «por los mismos jueces (refiere M. J. Denis) que firmaron la sentencia de condenacion!!»

A. GIL SANZ.

(1) Estimulado de causas urgentes, justas y necesarias «que reservo en mí real ánimo.» Así hablaba en idéntico caso nuestro buen Carlos III.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el río suena!

No era fácil, en verdad, adivinar al bullicioso, intrépido, seductor capitán, en el hombre de aspecto melancólico, sembrada la cabeza de prematuras canas, desfigurado el rostro por cárdenas ojeras, huyendo de las gentes, dejándose codear impunemente, y vistiendo con un desaliño estremado, aunque sin tocar ni de lejos en la falta de limpieza.

Vagaba por las calles y paseos de Madrid huyendo de sí mismo, como los espectros de los insepultos, según las paganas creencias, por las orillas del Egeonte. Habíale Laura, al espirar, impuesto el precepto no solo de vivir, sino de procurar reconciliarse con la vida, y cumplíalo severa aunque dolorosamente.

«Carlos, dijo la moribunda religiosa á su hermana Inés, en cuyos brazos exhaló el último suspiro: Carlos es un hombre excepcional, que se debe á su país y á la humanidad entera, y que al saber mi muerte es capaz sin embargo de cualquier atentado. Dile que, como se lo tengo ofrecido, mi postrer pensamiento es para él y sin remordimiento alguno, porque mi antiguo amor, espiado está con el sacrificio de mi vida, y el que tengo ahora no ofende al Criador. Dile que no trate de vengarme; dile que viva; dile que se consuele; y dile que no renuncie ni á ser dichoso, ni á hacer la felicidad de una mujer honrada. Carlos será el modelo de los maridos, y yo desde el cielo, á donde ir espero por la misericordia divina, velaré por él, si cumple mis últimos votos.»

Pocos instantes después espiró Laura, y no muchos días tardó Sotopardo en saber aquel su amante testamento de los labios de la escelente Inés, modelo de amor fraternal, como de castas esposas.

Deseando morir, érale preciso resignarse á la vida; y en literal supersticiosa observancia de la postrimera voluntad de su amada, en vez de estar en la soledad que su corazón apetecía, andaba don Carlos, como dijimos, vagando cual sombra sin cuerpo, de calle en calle, de paseo en paseo, de reunion en reunion.

Indiferente á todo, sin alegrarse nunca, siempre melancólico ¿Cómo no había de llamar la atención pública? ¿Cómo no se le había de calificar de un original sin copia?

Así fué, en efecto, y á su primera y no buena reputacion, se agregó la de estravagante de mal género; porque el mundo, con su habitual benevolencia, dijo que no contento don Carlos con haber perdido á la Condesa, y deshonorado á su esposo, causando la muerte de entrambos, quería llevar el escándalo mas allá de la tumba, singularizándose con su afectada melancolía.

No hay cosa como cobrar buena fama, ni juicios tan imparciales y caritativos como los de la culta sociedad.

Durante algun tiempo, sin embargo, como era pública la destreza en las armas de Sotopardo, y su valor notorio, abstúvose todo el mundo de demostrar en su presencia el mal concepto en que se le tenía; pero, habiendo observado los inteligentes que había completamente desaparecido su antiguo carácter quisquilloso, y que se le codeaba y pisaba, ó se le quitaba la palabra de la boca, sin que se diese por entendido, estendieron la voz de que al leon se le habían caído las uñas.

Sin embargo, las primeras que osaron acometerle fueron las mugeres, temibles cuando osan, porque precisamente su debilidad las hace implacables. Poco á poco, de pulla en pulla, pasaron á las indirectas; de ellas á los sarcasmos; de ahí, en fin, al desprecio sin rebozo. Al mismo compás, los leones del gran mundo, entonces llamados *petimetres*, y adviértase que la tal raza se hace siempre justicia buscando el nombre que la distingue fuera de la lengua española; los leones, decimos, al compás de sus hembras, fueron sucesivamente empleando la pulla chocarrera, la indirecta del padre Cobos, el sarcasmo desvergonzado, y el desprecio insultante contra el triste don Carlos, quien, sin dignarse fijar en ellos ni en ellas la consideracion, proseguía concurriendo á todas partes, porque tal era la voluntad postrera de su Laura.

En tanto Milagros y Matilde simultáneamente, aunque cada una según su posicion, medios y carácter, no perdonaban arbitrio ni ocasion para reconciliarse con Sotopardo.

Ya se hacían las encontradizas; ya, cuando todos le huían, le buscaban ellas; ya por medio de billetes misteriosos le citaban; ya con amenazas querían asustarle. Todo fué inútil: don Carlos vivía solo para la memoria de Laura; y no hallando recurso ni la madre ni

la hija, convencieronse de que solo el tiempo podía sacar á aquel hombre de la atonia moral en que se encontraba.

Para Matilde la cuestion de tiempo solo exigía paciencia; mas para Milagros la dilacion era la muerte, porque la vejez se iba de ella apoderando á pasos agigantados.

En tal estado de cosas llegaron á Madrid dos personajes de los episódicos de esta complicada narracion; pero que episódicos y todo provocaron una crisis decisiva en la vida de Sotopardo.

Fué el uno su Teniente y amigo Betanzos, á quien negocios de ajustes del cuerpo llevaban á la corte; y el otro, que de regreso de un viage á Paris aparecía en Madrid, el famoso duelista marqués de Motril.

La primer diligencia de Betanzos fué buscar á su antiguo capitán; mas al contemplar su lastimoso estado cayéronsele las alas del corazón. Sin embargo, y por lo mismo, acompañole mas que nunca, tanto que llegaron á hacerse inseparables, y á ser así llamados en Madrid.

En cuanto al marqués que aun no había podido digerir ni el wals que no bailó, ni su destierro de Sevilla, constituyóse naturalmente en jefe de la cábala contra don Carlos, y con aplauso universal de la buena sociedad anunció el propósito de arrojar de ella á tan mal caballero, indigno en todos conceptos de alternar con gentes que se respetasen á sí mismas.

Digamos que en Matilde, muy popular en el gran mundo por su belleza, elegancia y aventuras, y que aunque muger de un simple capitán tenía derecho á figurar en los altos círculos, por la familia y caudal de su marido, halló el marqués un aliado celoso y ardiente, tanto mas ardiente cuanto mas ofendida la tenía la reciente indiferencia á sus avances, no equívocos por cierto, del desventurado proscripto.

Dispuestos de tal modo los ánimos, capitaneados los hombres por el marqués de Motril, y las mugeres por Matilde de Mendoza, faltaba solo para vengar la moral ultrajada, dando al culpable el golpe de gracia, una ocasion oportuna; y como esa se deseaba con ansia no podía tardar en presentarse.

Presentóse, en efecto, y pronto; digamos cómo.

En aquel tiempo la reunion mas elegante, culta y escogida de la corte, era la de la Duquesa del Puente de Oro, magnífica ruina de los tiempos de lúbrica memoria, en que Madrid al finalizar el último pasado siglo y comenzar el que vá hoy mediado, rivalizaba en cortesana corrupcion con la misma Persépolis. Había la duquesa desde sus primeros años escandalizado á los contemporáneos de Carlos III, y no pudiendo, ya madura, hacer otro tanto con los felices vasallos del señor don Carlos IV, porque eran gentes á quienes nada podía asombrar, consiguió á lo menos rayar tan alto, tan alto en materia de aventuras galantes, que fué como maestra y vencedora de todas sus coetáneas, particulares, duquesas y princesas y aun mas que princesas. Para cualquiera que tenga idea de las *descostumbres* de la época á que aludimos, hemos dicho bastante y aun sobrado.

Andando el tiempo envejeció la Puente de Oro, y en vez de entregarse, como otras muchas, á la devocion, constituyóse en observadora inteligente, en juez filósofo del campo de la galantería, y en protectora de todas las principiantas de elevada esfera ó altas esperanzas. Amena y fácil en el trato, aunque sin descender nunca de su trono aristocrático, ligera en el decir, ingeniosa en el sarcasmo, y sobre todo laxa sin limites en las doctrinas, vieja y todo tenía no sabemos qué encanto, en cuya virtud hombres y mugeres, ancianos y jóvenes, discretos y poco avisados, buscaban todos con anhelo su sociedad. El núcleo de ésta lo formaban las hijas, nietas, sobrinas, y parientas, mas ó menos remotas, de la duquesa misma, y algunas pocas, privilegiadas señoras, jóvenes y bellas por decontado, que por favor especialísimo eran al círculo de su intimidad admitidas, previa severa informacion que justificase su calidad de mugeres á la moda. Mas condescendiente con los hombres, recibía la duquesa los de todas clases y condiciones, dentro del círculo de la buena sociedad por supuesto, con tal de que alguna singularidad, buena ó mala, los distinguiese del comun de los mortales. A Sotopardo, su cuna le daba incontestable derecho á ser admitido, pero cuando esa y sus dos charreteras, y su hábito de Alcántara le faltasen, restábase su reputacion de *Lovelace*, y le sobraba entonces la originalidad de su melancolía, para ser no solo recibido, sino buscado. Betanzos entró en casa de la duquesa como una *posdata* inseparable de don Carlos.

¿Necesitamos decir que el marqués de Motril era y debía ser individuo nato de aquel privilegiado conclave? No por cierto, pues le sabemos título, rico, gastador, á la moda, y duelista por añadidura.

Mas difícil le fué penetrar en el santuario á la bella Matilde, y no sin grandes esfuerzos lo consiguió al cabo de muchos meses; pero desde su vuelta á Madrid comenzaron sus aventuras galantes, y la duquesa, como muger que lo entendía, echó de ver en ella tanto aplomo, desembarazo tal, y tan profunda maestría, que en cierta oca-

sion dijo á uno de los pocos contemporáneos que ya le quedaban: «Esta muchacha parece de nuestros tiempos: lástima que no sea mas que mujer de un pobre capitán, porque ella tiene alientos para manejarse aunque fuera con un Grande. Me han dicho que desea mucho venir á casa, y voy á decir que me la presenten.»

Matilde, pues, por su propio mérito, sin favor alguno, fué admitida y hasta llamada al primer círculo de la sociedad madrileña, y una vez rota la valla, que era la mas difícil, supo con tal tino conducirse, que á poco figuraba en él en primera línea, y como si para eso solo hubiese nacido.

«¡Cuándo yo lo decía! Esclamaba algunas veces la duquesa, cada vez mas encantada con su protegida: ¡Cuándo yo lo decía! Esta muchacha debiera haber alcanzado los buenos tiempos, porque así vino lo que no ha visto.»

Ese círculo, esa sociedad privilegiada, ese *Sanhedrin* de la moda, ese santuario de la galantería, fué el teatro escogido para lanzar sobre la cabeza de don Carlos el malo el anatema que su *inmoralidad* merecía.

No se bailaba ni se jugaba en casa de la duquesa: un espacioso gabinete suntuosamente adornado era el tabernáculo donde la deidad de la moda, sentada en un cómodo sillón, rica y sencillamente vestida, cubiertas apenas las no ocultas canas bajo una nube de sutiles amarillentos encajes, envuelto el cuerpo en una mantellina de mallas, apoyados los pies en la dorada barandilla de la chimenea francesa, y las manos metidas en un caliente manguito, recibía á sus sacerdotes favoritos. Libros, grabados, un piano siempre abierto, un tablero de ajedrez exclusivamente reservado para el uso de dos ó tres veteranos, seductores de los tiempos de Godoy, y la libertad absoluta de ir, venir, y mezclarse ó no en la conversacion, á eso se reducía la tal tertulia, y con eso solo cautivaba á todos sus concurrentes.

La noche para la ejecución del culpable señalada, la reunion fué mas numerosa que nunca; la duquesa dejaba ver en su frente una impenetrable nube, de aquellas que solo la vista del piloto experimentado divisa, pero que son infalibles precursoras de la tempestad. Una de sus nietas preludiaba en el piano ya un tema alemán, ya una melodía italiana; los viejos jugaban al ajedrez, y el resto de la sociedad, dividida en corrillos, conversaba en voz baja aunque animadamente.

Matilde, sentada en un taburete á los pies de la duquesa, que jugaba distraída con los bellos rizos de su protegida, no daba mas signo de agitacion que el de mirar de cuando en cuando á la puerta, hasta que ya á las diez dadas, anunció el portero de estrados al señor Marqués de Motril. Todos los ojos se fijaron en el joven duelista, quien entrando con su aire el mas mortífero, repartió á derecha é izquierda tres ó cuatro desdeñosas cabezadas, besó la mano de la duquesa, de quien se pretendía algo pariente, y lanzó á la muger de Mendoza una mirada de inteligencia, que suponía aun mayor intimidad que la natural entre conjurados.

—«Ahora se acaba el teatro, dijo Motril, y me parece que no tardará en venir nuestro hombre—Paréceme, contestó la Duquesa, que fuera mas cuerdo dejarle en paz.—¡Y alternar con persona de mal tono? replicó Matilde con el eco mas dulce de su voz: Yo por mi parte le tengo lástima, pero no puedo olvidarme de aquella pobre Condesa...—¡Su conducta con ella fué infame! exclamó Motril, cuya indignacion se comprenderá muy bien, sabiendo que llevaba seducidas y abandonadas hasta media docena de desdichadas mugeres, á la verdad de baja estraccion.—Es infame, clamaron en coro, vestales y no vestales; es infame y merece castigo, por lo menos la expulsion de ese hombre de entre nosotros.—Vista la unanimidad de la opinion, la Duquesa, aunque no estaba de acuerdo con ella, bajó la cabeza y dejó seguir á los sucesos su curso natural.

Antes de dar las once Sotopardo, seguido por supuesto de su inseparable Betanzos, hizo su entrada en la tertulia. El ama de la casa fué la sola que le dió las buenas noches, el resto de la sociedad permaneció en profundo silencio, silencio que unido á la alteracion de los semblantes, á la estudiada gravedad de las actitudes, y á ese indefinible aspecto que toma toda reunion de conjurados en presencia de su futura victima, debieran haber revelado á Sotopardo si no lo que se tramaba, al menos que algo contra él se tramaba: pero su preocupacion era tan constante y profunda que, sin advertir cosa alguna, tomó asiento al lado de los jugadores de ajedrez, y fijando los ojos en el tablero, sin ver las piezas, quedóse en su habitual melancólico éstasis.

No estaba Betanzos tan tranquilo; su buen sentido suplía en gran parte la práctica del gran mundo que le faltaba, y los síntomas del cataclismo eran ademas tan evidentes, que apenas se concibe que á la ceguedad misma de don Carlos se ocultasen. Como quiera, el buen teniente, alarmado y mucho, propúsose observar minuciosamente cuanto ocurriese, acudir á parar los golpes que pudiese, y en último caso sacar á su amigo de su letargo, con una franca vigorosa advertencia.

El Marqués, despues de pasarse la mano por el rizado cabello, ajustó el nudo artístico de la corbata, echó un poco atrás la parte superior del frac, y metió el dedo pulgar de la mano derecha por la bocamanga del chaleco, dejóse caer en un sillón, y con acento ya provocativo dijo:

«Duquesa, veo la gente desanimada esta noche; y si V. me lo permite, voy á aprovechar la ocasion para despacharme á mi gusto. Deliro por contar cuentos, y voy á relatar uno interesantísimo.» —«Sí, respondió Matilde sin dar lugar á que hablase la Duquesa, en cuyo semblante creyó adivinar la intencion de oponerse todavía al infernal proyecto; sí, Marqués, yo me muero tambien por los cuentos, sobre todo si son tristes.—El mio, Señoras, es lamentable, se lo prevengo á VV., siguió diciendo el Marqués—Mejor, vrepuso Matilde, cuente V. que ya estamos impacientes.»

Entonces los tertulianos de ambos sexos, agrupándose en silencio en torno de la chimenea, como comparsas bien ensayados, ocuparon cada cual la posicion que creyó mas cómoda ó mas segura. Sotopardo quedóse aislado junto al velador del ajedrez, porque los jugadores mismos interrumpieron su partida, y el teniente Betanzos, colocándose de pie á espaldas del sillón de la Duquesa que estaba en frente del que el Marqués ocupaba, clavó en este los ojos de una manera casi impertinente. En cualquiera otra ocasion hubiérase dado el joven aristócrata, y muy luego, por entendido de aquella casi provocacion, mas entonces, como los caballeros andantes en una importante aventura empeñados, creyó oportuno no comprometer otro lance hasta terminar el que era su principal objeto.

Con calma imperturbable, en consecuencia, y adoptando desde el principio el tono de provocador sarcasmo propio de la ocasion, tomó la palabra de este modo:

«Capitán Sotopardo ¿por qué no se acerca V.? Mi cuento le distraería.—Atiendo, atiendo, contestó don Carlos, sin mudar de postura, ni curarse de lo que le decían.—Yo le aseguro á V. que me entenderá; replicó el duelista con una sonrisa digna de una buena estocada; y luego prosiguió:

«Pues, señoras, una vez era una dama joven, bella, encantadora, y casada con un gran señor, anciano por desdicha suya. Pero la tal dama tuvo el mal gusto de fijar los ojos, pudiendo escoger entre mil galanes de lo mas florido del punto en que residia, en un menquado. Sotopardo ¿me atiende V.?—Lo que el capitán no oiga, interpuso con socarrón flema Betanzos, lo oiré yo que no pierdo sílaba, señor Marqués, de ese interesante relato. Conque no tema V. perder el tiempo.—Amigo mio, contestó Motril, su atencion de V. me lisonjea infinito, pero aspiró á la del señor don Carlos.—La provocacion era tan directa que Betanzos no pudo menos de llegarse á su amigo, y decirle en voz baja, aunque todos los ojos estaban en el clavados:—«don Carlos, el Marqués se ha propuesto inflamar á V. en presencia de esta reunion; y está refiriendo villanamente desfigurada la historia de Laura....

«¿De Laura?—Exclamó Sotopardo sin poder contenerse, cual si un aspid en el corazon le mordiera.—Sin duda,» replicó Betanzos.

Entonces don Carlos, dejando su asiento y súbitamente transformado, acercóse á los demás tertulianos, y encarándose con el Marqués, con su antiguo sereno continente díjole:

«Perdone V., Motril, estaba distraído, como acostumbro, pero lo que Betanzos me ha dicho de su cuento de V. me interesa sobremanera. Sirvase V. proseguir, que yo me encargo de la conclusion, que V. no conoce.—¡Bah, si la conozco! contestó con soberano desprecio el duelista.—Le digo á V. que no la conoce; pero en todo caso prosiga y veremos.»

La nueva actitud de don Carlos prestó al drama un interés de que hasta entonces carecía; contábase con el sacrificio de una victima incapaz de defenderse, y el que se juzgó tímido cordero, apenas aguijoneado comenzó á mostrar las garras de león; era ya, por tanto, una lucha la que se preparaba.

Motril fué el primero á reconocer que se habia engañado, mas ya era tarde para retroceder, y así prosiguió diciéndo:

«Estábamos en que la dama fijó sus ojos en un menquado, de esos que no buscando lances mas que con gallinas, y huyendo el cuerpo siempre que con un hombre tropiezan, adquieren reputacion de valientes entre los cobardes. El tal perillan, una vez honrado con sus favores, hizo lo que no podía menos de hacer; comprometióla villanamente, abandonarla en la desgracia, y luego andarse por el mundo llorando como una mugercilla, para hacerse el interesante. ¿Qué dice V. de esta historia, señor don Carlos de Sotopardo?»

Nuestro capitán habia escuchado al Marqués de Motril, como los mártires del cristianismo en tiempo de Diocleciano recibían en sus lacerados cuerpos el hirviente plomo fundido que sobre sus llagas derramaban los verdugos, con dolor intenso, agudísimo, inexplicable, pero sereno el semblante, inmutable el corazon. Así, cuando

pálidos todos los circunstantes, y brotando fuego por los ojos Betanzos, con la sonrisa de la esfinge en los labios Matilde, y con el insulto pintado en el rostro el Marqués, mirándole de hito en hito, esperando que había de responder furioso, ó de humillarse cobarde: él contestó con extraordinario sosiego:

«Parece, lo que dije antes, que no conoce V. el desenlace final de esa historia: pero entre tanto advierto que le faltan los nombres propios.

«¡Los nombres propios! Exclamaron con asombro dos ó tres personas, no concibiendo tanta audacia, cinismo tanto.»—«Los nombres propios, repitió friamente don Carlos:» sin ellos no se completan ni el escándalo, ni la calumnia; La calumnia! capitán Sotopardo, prorumpió lívido de cólera el de Motril: esa palabra...—Es la propia, le interrumpió siempre con la mayor frialdad don Carlos: «calumniador se llama al que á sabiendas desfigura los hechos, como al que los inventa; calumniador y calumniador infame, señor Marqués, calumniador infame es el que, no respetando ni las cenizas de los muertos, ni el profundísimo dolor de un alma desgarrada, osa llamar seducción á la desgracia, abandono al respeto, llanto de mugerilla á las lágrimas de la desesperación incurable. Y además de calumniador infame es un fanfarrón cobarde, señor Marqués, el mal caballero que, atribuyendo á falta de valor la indiferencia que por la opinión y miramientos del mundo siente el que hondamente padece, conjura con mugeres, y con hombres que valen menos que mugeres, contra un ser inofensivo, á quien si tenía ganas de buscar encontrárase facilísimamente sin acudir á tan inicuos medios.»

La energía varonil, la noble exaltación, la inmensa superioridad moral que irradiaban de Sotopardo al hablar de esa manera, impusieron de tal modo á sus oyentes, que todos bajaron los ojos al suelo no pudiendo soportar sus miradas, á escepcion del Marqués que, dominando sus emociones no menos profundas que las de los demás, consiguió á duras penas conservarse, ya que no á nivel de su adversario, al menos muy superior á sus demás cómplices. Betanzos, que con la resurrección de su amigo se bañaba en agua rosada, estrechóle afectuosamente la mano; y don Carlos después de esperar en vano algunos instantes una respuesta que nadie osó darle, añadió con el tono de la mas perfecta elegancia:

«Pero estas señoras, me parece que estan ya mas que satisfechas de los cuentos del señor Marqués y de mis moralidades: Duquesa á los piés de V.—Motril, no olvide V. que mañana almorzamos juntos (prefiere V. pasarse por casa, ó que yo vaya á buscarle á la suya?»

La indirecta no admitía dudas, y el Marqués contestó:—Yo tendré el honor de ir á buscar á V.—Bien: Betanzos almuerza con nosotros.—Y yo, convidó á uno de estos caballeros.—Tempranito, Marqués.»

Y haciendo una graciosa reverencia salió Sotopardo de la tertulia, seguido por su inseparable Teniente.

«Salimos de él.»—Esclamó en aire que queria ser triunfante el Marqués de Motril, quien con no carecer de valor, era sin embargo insoportablemente fanfarrón.

«¡Hum! ¡Hum! contestó la Duquesa meneando la cabeza: parece que han ido Vds. por lana... y... no digo mas. Marqués ¿usted tira bien las armas?—¡Oh Duquesa! hasta ahora no he hallado superior, y son pocos los maestros á quienes no he batido.—Deseo que mañana por la noche pueda V. decir otro tanto.»

La tertulia concluyó aquella noche mas temprano que nunca; la conversacion fué lánguida; los ánimos estaban preocupados.

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

IMPRESIONES DE VIAJE.

SANTANDER Y PROVINCIAS VASCONGADAS.

(Continuación.)

Después de Castro-Urdiales por la parte del este y siguiendo el camino real, pronto se entra en el territorio de Vizcaya: pero antes de hablar de este país, no olvidaré á dos pueblos de la Montaña que son Laredo y Santoña, que merecen algunas observaciones.

Las cuatro leguas que hay entre Castro y Laredo son de un suelo malísimo en su mayor parte: es bastante llano desde la salida de la primer villa hasta pasar el barco de Oriñón; mas luego se empieza á subir el monte Candina, que es uno de los mas escabrosos, lar-

gos é inaccesibles de la costa, y eso que hace algun tiempo que se ha compuesto, pues anteriormente era una travesía propia solo para cabras. Por fortuna las mulas de alquiler de este país, á diferencia de las demas mulas de otros muchos, trepan, se encaraman y bajan con seguridad y firmeza por vericuetos y despeñaderos, sin dar una caída, ni siquiera un tropezon; cosa rara en mulas de alquiladores, de suyo frágiles y espantadizas, si bien debemos hacernos cargo que la costumbre y los peligros á veces dan aliento á los mas cobardes.

Pasado el monte Candina, se destaca á la vista el hermoso valle de Liendo, que aun cuando reducido, es uno de los mas vistosos y fértiles de la provincia de Santander. En seguida se vuelve á subir otro monte, cuyo descenso en su último trecho, pavimentado de guijarros, concluye con una cuesta muy penosa y pronunciada, en la misma puerta de la villa de Laredo.

Estas cuatro leguas serian un paseo delicioso si hubiese un buen camino, una especie de arrecife, en muchos puntos á la orilla de la mar, y siempre avistándola mas ó menos lejanamente; que podria ser como un muelle un tanto parecido al que va desde Portugalete á Bilbao, y del cual hablaré mas adelante.

Y si bien una carretera de esta clase seria de mucho costo, á lo menos que hubiese un camino de herradura, para que se pudiese transitar á caballo con mediana comodidad. De suerte que á pesar de la proximidad de las dos villas á que me refiero, apenas hay comunicacion entre los habitantes de una y otra; pues ahora no se computan las leguas, sino las horas que se tarda en llegar y las condiciones del viaje. La dificultad de las comunicaciones acarrea un entorpecimiento y un perjuicio irreparable al tráfico de una nacion. Esta es una de las causas porque se halla atrasado el comercio interior de la península: hay provincias donde sobran ciertas producciones que escasean ó de que carecen los que están limítrofes; y por no haber caminos se pierden en las unas los frutos por falta de salida, los propietarios se ven privados de la ganancia que seria segura si pudiesen despachar sus granos y demás artículos sobrantes, después de cubierto su consumo; y en las otras no pueden aprovecharse de los productos de un suelo que dista pocas leguas, y tienen á veces que ir á buscarlos á puntos lejanos cuando no al extranjero: en todo lo cual influye grandemente la dificultad y carestía de los trasportes y de los medios locomotores y de conduccion. Ahora se empieza á trabajar en tan útiles mejoras; se atraviesa algun que otro canal, las relaciones de las provincias con la corte son mas continuas y rápidas que en ningún tiempo; hay empresas de diligencias que hacen su viaje á los extremos del reino con tanta prontitud y baratura, cual no acordamos en ninguna época. No hace muchos años que salir de una provincia litoral para venir á Madrid era un proyecto atrevido, y solo se ejecutaba por algun motivo apremiante: hoy ya no es así: se vá introduciendo ese espíritu de variedad y de observacion, cuyo resultado es la asimilacion, la unidad y la armonia de las provincias sujetas á un mismo poder supremo y central; la destruccion y el olvido de tradiciones locales, de pretensiones encontradas, de intereses opuestos que tanto perjudican todavía á nuestro país, y la preponderancia del sentimiento de la nacionalidad, al que deben subordinarse los instintos y las aspiraciones de un vasto territorio, pues solo así se pueden acometer obras colosales, solo así las naciones se muestran poderosas y temibles en ocasiones solemnes.

La asamblea constituyente de 1790, reorganizó toda la Francia borrando las huellas de provincialismo; y de este modo, no presidiendo en la nacion mas que una idea uniforme, hizo frente á la coalicion de la mayor parte de Europa. Napoleon afirmó después la reforma proclamada por aquella asamblea, y contribuyó decididamente á la unidad nacional, con la promulgacion de su código y de su sistema administrativo. En España el origen y el fundamento de tanta diversidad de lenguajes, usos y costumbres, radican en causas muy hondas y arraigadas que fueron apareciendo en el transcurso de los siglos, y cuyos efectos se han estado reproduciendo tambien durante el curso de nuestra historia; por tanto se necesitan asimismo algunos siglos para que esas divergencias desaparezcan completamente. Algo se ha hecho y se procura hacer con este objeto fecundo y grandioso: la declaracion de la lengua castellana como pública y oficial data del siglo décimo tercio; y lo mismo el laudable empeño de generalizar la legislacion. La enorme diversidad de pesos, medidas y monedas dió lugar á varias leyes, y en varias ocasiones con el fin de uniformarlas. El código penal vigente concurre á este propósito: el civil que se publique, alguna influencia surtirá á la larga é insensiblemente. No creo muy distante el dia en que se releguen al silencio los diferentes dialectos de algunas provincias, siguiéndose á esto la desaparicion de odios ó cuando menos de desvíos entre habitantes de una misma nacion, de acentos marcados y espresiones determinadas, quedando únicamente el idioma general español. Y no se crea que esta manifestacion sea insignificante: no lo es bajo ningún aspecto; ni en el político, ni en el científico y literario, ni en el social.

Sabido es cuánto cooperó á los adelantamientos del saber humano en Grecia, la perfección de su lengua. Los Romanos hicieron con su jurisprudencia un lenguaje técnico y universal; y su lema era: «donde se hable nuestra lengua, allí está nuestra dominación.» Por eso era lo primero que prescribían en los países conquistados. Los que descubrieron y gobernaron el nuevo mundo, siguieron aquella máxima. Napoleón llevó la lengua francesa con sus ejércitos y victorias por toda Europa, y desde entonces su importancia é influjo han ido aumentando, á pesar de los reveses de la Restauración; y hoy es indudable que donde quiera que se cultive el francés, allí hay predominio, allí hay ventaja de algun modo para la Francia: verdad por desgracia demasiado palpable entre nosotros. Por consiguiente la existencia de los dialectos en España, la repugnancia que en algunas provincias demuestran á la lengua nacional y el desprecio con que se mira el estudio de ésta, son de una trascendencia incalculable y perjudicialísima. Mas adelante y con motivo del vascoence, y de los Fueros de Vizcaya, trataré detenidamente esta importante cuestión.

Una nueva división territorial, no ensayada aun en España, sería de un éxito feliz y seguro: la división no como está, sino por distritos ó con cualquiera otro nombre, que este nada vale para el caso, pero tomando en cuenta las demarcaciones naturales, haciendo que se mezclasen y confundiesen los límites en la actualidad existentes, por ejemplo: Provincias septentrionales, divididas segun mejor convenga á su gobierno interior, por los Pirineos, por las montañas de Vizcaya, Santander, Asturias y Galicia, y por el curso del Ebro y del Miño. Provincias del centro, por el curso del Duero y del Tago, por las montañas de Guadarrama y Somosierra, de Burgos y del bajo Aragón. Provincias del mediodía; por el curso del Guadiana, del Guadalquivir y de otros varios rios que corren por Andalucía en varias direcciones; por las montañas de Sierra Morena, las Alpujarras, la sierra de Cazorla y otras. Reunido esto á las disposiciones legislativas que procediesen de acuerdo, dentro de cierto período de años, acarrearía grandes beneficios.

Vuelvo, pues, á mi propósito. Se entra en Laredo por la puerta llamada de Bilbao, yendo de Castro-Urdiales.

La villa de Laredo ofrece un aspecto desagradable en su conjunto: las calles son de guijarros desiguales y salientes, sin aceras; la mayor parte de ellas en cuesta hacia el norte, que es por donde se estiende la población, aunque en lo llano hacia el mediodía tiene algunas calles, entre ellas la mejor, que es la calle Real y la plaza de la Constitución donde está el ayuntamiento. Las casas tienen en lo general balcones de madera, de construcción antigua y pésimo gusto; hay algunas buenas, de cantería y bastante ornato. Desde luego se percibe que es un pueblo en decadencia; no se vé una obra reciente, una fabricación moderna; carece de alumbrado público, lo cual no sucede en Castro.

Este decaimiento es el resultado lento del tiempo que todo lo transforma y destruye. Esta villa fué de las principales, si no la principal, de la costa de Cantabria, por todos conceptos y desde muy antiguo. Ya en el siglo XIII salen de ella varias naves tripuladas por sus maraños, que gozaban en todos los puertos de acreditada reputación; y mandadas por el almirante don Ramon Bonifaz rompió una de ellas la cadena del Guadalquivir, en la reconquista contra los moros. Por cuya acción el rey san Fernando les concedió como blason de sus armas, la pintura de aquel hecho, símbolo de la hazaña.

Laredo fué el único puerto designado entre cuantos habia desde Bilbao hasta Avilés, como habilitado al principio del siglo XVI, para las expediciones de América. Dentro de su ensenada y de la ría, hubo un astillero en que se construyó á fines del XVII el mayor navio hasta entonces conocido, que hizo de capitán en las guerras de Felipe V y en la batalla de Tolón.

Llegó á tener mas de 14.000 habitantes. Su decadencia tuvo origen en el siglo XIV en la terrible hambre que sufrió: ademas estuvo espuesto á los estragos de una peste, que le asoló por segunda vez. En el XVI padeció muchos perjuicios á consecuencia de las guerras con Francia, y especialmente de un incendio de que fué víctima. Posteriormente á tantos desastres, en 1639, desembarcaron allí los franceses, arribados en una escuadra al mando del arzobispo de Burdeos, y saquearon la villa, llevándose los documentos del archivo del ayuntamiento, y hasta el hierro de los balcones. Tambien aceleró su pérdida y destrucción el engrandecimiento de otras poblaciones que no eran nada cuando Laredo estaba en el apogeo de su prosperidad, cuales son Bilbao y Santander.

No obstante, aun en el comienzo de este siglo significaba mucho Laredo; aun era la capital de las cuatro villas de la costa, con residencia del gobernador político y militar, dependiente de la provincia de Burgos; aun conservaba la capitalidad del regimiento provincial de su mismo nombre, que habia tenido desde el arreglo de

las milicias, y á cuyo efecto hiciera un cuartel á sus expensas. Pero en el último plan y sistema de provincias, cual se hallan divididas, pasó la capital á la ciudad de Santander; y Laredo se quedó reducido á partido judicial, ayudantía de marina, y á una aduana de cabotaje. En 1841 se le privó tambien de su regimiento, que igualmente tomó el nombre de la nueva cabeza de la provincia. De suerte que Laredo es una villa llena de recuerdos satisfactorios y gloriosos, pero cuya existencia presente es incómoda y precaria, y cuyo porvenir no es quizá muy alhagüeño, si hemos de atenernos á las probabilidades mas razonables y prudentes. Se parece un tanto á una muger entrada en dias, que en la primer noche de matrimonio se va despojando de sus adornos y postizos, se quita la peluca, los dientes y las cejas, las almohadillas y el colorete, y se queda desecada y en esqueleto: el efecto es análogo en ambos casos: tristes memorias por lo que fué, desconsuelo por lo que es. La diferencia consiste respecto á lo futuro, porque la suerte de los individuos no es como la de los pueblos: aquellos, recorrido un término, no pueden esperar mas que la tumba: mas éstos se rejuvenecen, cobran nueva vida, y vuelven á ostentarse fuertes y pujantes por cualquiera contingencia ó acontecimiento imprevisto. A pesar de todo, Laredo está combatido por algunas dificultades y contratiempos que en mi juicio le impiden que salga del estado de abatimiento en que se encuentra, segun luego demostraré.

Sea como quiera, es algo extraño que en el siglo de las luces no trate Laredo de poner algun farol público, pues esto, lo mismo que la composición de las calles, lo hacen poco á poco otros concejos que cuentan con menos recursos: y por lo que se vé, hace mucho que permanece estacionario, pues que la plaza, donde se pasea por las tardes, y por las mañanas en los dias festivos, no está embaldosada, sino que está compuesta de guijarros que forman un piso muy molesto.

Entre las varias cosas que escitan la atención aun en la actualidad, es la hermosa alameda, acaso la mejor de la provincia, sin olvidar la de la ciudad de Santander. Está situada á la salida de la puerta principal que conduce á la carretera de Burgos; en la orilla de ésta, desde donde se divisa cual un magnifico panorama la mar, y la gran ensenada entre Laredo y Santoña surcada de barquichuelos que se dirigen á Limpas y Ampuero por el lado opuesto, y en el fondo del cuadro los diversos buques que atraviesan el Océano cantábrico.

La alameda es un campo dilatado y espacioso; contiene unos mil árboles, la mayor parte álamos, algunos plátanos y una que otra acacia, todos colocados simétricamente y formando calles, en las que se pasea la gente de las clases superiores del pueblo, en los dias festivos del verano; los artesanos, marineros y criadas instalan su baile en la plaza. Las señoritas tambien disfrutan de la misma diversion en la alameda, cuando el tiempo lo permite, que por desgracia de los interesados, no es muchas veces al año, á causa de las continuas lluvias y humedades. En el recinto de la predicha alameda hay un juego de bolos, que es muy comun en la Montaña, al que se dedican con afición los hombres de todas categorías y condiciones; lo cual contribuye á darles agilidad y salud, como que es un ejercicio que equivale á los gimnásticos de los antiguos, y que tanta falta hace que se generalicen en España.

Tambien suele haber paseo en la carretera de que vá hecho mérito, desde la cual se descubre la mar; á cuyos dos sitios concurren las jóvenes elegantes y amables á gozar uno ó dos dias á la semana de la suave brisa y de la apacible temperatura del clima, propio sobre todo para no sentir los calores del estío. Los bailes del alto coturno son animados por una música de aficionados, que toraba con la mejor armonía: pero segun se cuenta, alguno ó algunos empezaban á desafinar; se introdujo el desconcierto, quisieron representar la ópera de *Y Montechi é Capuletti*; hubo un lance de honor ó cosa parecida, segun en este siglo ilustrado acontecer suele, no solo entre músicos, sino tambien entre danzantes, y creo que la orquesta se concluyó como el rosario de la aurora. No doy esto por cierto, puesto que he oido esta anécdota con variantes y respectivos comentarios, por vía de chismografía, la cual, siendo de pueblo pequeño, es causa de tantas enemistades entre las familias. La armonía filarmónica no menos que otra especie cualquiera de armonía es arto difícil de sostenerse en villas de reducido vecindario, en particular si el número de niñas y de doncellas casadas de su estado no guarda proporcion con el de los varones.

(Continuara).

ANTOLIN ESPERON.